

uno de los capitanes de las Indias, en las que ya le encontramos muy pronto —en la actual Venezuela—, para incorporarse en 1537 (cuando Pizarro había hecho su llamada desesperada a todos los castellanos para que le ayudaran contra la sublevación india) a la gesta peruana. Es desde entonces uno de los «pizarristas», es decir, de los incondicionales del Gobernador y de los que acompañan a Hernando Pizarro en la campaña del Cuzco, que concluiría con la muerte violenta de Diego de Almagro. Hernando había hecho de Valdivia nada menos que su *Maese de Campo*, o sea su general de operaciones. El mandaba —Valdivia— uno de los cuerpos de ejército que lograron la victoria de Las Salinas en la primera guerra civil habida en el Perú entre castellanos.

Almagro, recordémoslo, había recibido de Carlos I la misión de conquistar Chile, y a regañadientes había abandonado las tierras peruanas, que había ayudado a conquistar. Sufrimientos mil y mala suerte le hicieron volver, con la idea de que en vez de buscar una nueva gobernación entre montañas y desiertos salados, era más juicioso —la historia demostró que se equivocaba— reclamar como suya la ciudad del Cuzco. Fué esta «manzana de la discordia», como yo he llamado a Cuzco en mi biografía de Pizarro, lo que llevó a la muerte a Almagro, ajusticiado por Hernando, el hermano de Francisco Pizarro. Los territorios de Chile quedaban, pues, sin quien los conquistara, y Pizarro se sentía responsable de ellos.

Fué por esta razón que Pizarro eligió a Valdivia, «hombre muy prudente y de mucha experiencia de la guerra de Italia», como nos dice Herrera, y «le ordenó —sigue contándonos el mismo historiador— que se fuese poniendo a punto para comenzar el viaje en principios del año siguiente», que fué el de

1540. Y así empezó la gesta singular que añadiría la Nueva Extremadura —Chile— a la Corona de España. Gesta en la cual Valdivia iba a dejar la piel y las entrañas.

No eran los indios contra quienes iba a combatir Valdivia, los mismo quéchuas incaicos que ya conocía desde el Perú, sino una raza de inferior cultura a la inca, pero de indomable valor: los araucanos, cantados por Ercilla. Sin ciudades importantes como habían poseído los incas, tenían, sin embargo, un alto sentido de lo que hoy llamamos «patriotismo». Contra ellos y sobre ellos actuaría Valdivia.

Lo que había sido tierra inhóspita y terrible para los hombres de Almagro (que, paradójicamente, se llamarían luego «dos de Chile»), fué tierra de promisión para las memorias de Valdivia, que al par que dominaba nuevas provincias iba fundando ciudades con los sonoros nombres de la Extremadura castellana. En 1541 nació Santiago, que pronto supo del valor de los indios, que la incendiaron, pero la semilla estaba ya lanzada y nada detuvo a Valdivia, que fundaba en 1544 la Serena —con el fin de guarnecer el camino que conducía al Cuzco— y reclamaba del rey la concesión de aquellos territorios en gobernación. El pacificador del Perú, el prudente La Gasca, lo confirmaba como gobernador de la Nueva Extremadura, que para hacer honor a su nombre se esmaltaba de nuevas ciudades como la Concepción (1550), la Imperial (1551) y Valdivia (1552)...

Pero su fin estaba próximo. El espejo de caballeros, el valeroso domador del arauco, salió a reprimir una sublevación india y los pocos caballeros que le acompañan, y él mismo, no pueden resistir al empuje de fuerzas indias muy superiores que, al mando del caudillo Lautaró —símbolo de la rebelión india frente a la invasión europea—, los dominan.